

PALABRA & OBRA

Es la primera época artística de quien deslumbrará en el grupo de los maestros que transformaron el arte en Colombia.

El camino de una generación a la modernidad

Años 50: los inicios

De padre libanés y madre de origen sonsonense, Manzur se crió en Guinea Ecuatorial y en las Islas Canarias, en el África, donde su padre tenía negocios. Regresa a Colombia, a Armenia, a finales de los años 40. En 1951, se establece en Bogotá y comienza a estudiar Artes Plásticas en la Escuela de Bellas Artes de esa ciudad.

En 1953, hace su primera aparición en el panorama artístico del país, con una exposición de sus primeros planteamientos, en el Museo Nacional.

Los críticos han catalogado los rasgos de la obra del Manzur de los años 50 como cubistas, expresionistas e incluso surrealistas, a pesar de que el mismo pintor nunca estuvo pendiente de los “ismos”. Sobresale en la obra manzuriana de entonces la representación de músicos, ángeles y madonas un tanto triangulares.

En 1956, gana una beca y viaja Nueva York para adelantar estudios en el prestigioso Art Student's League, hasta 1958. En la “Capital del Mundo”, se vivía entonces el apogeo del Expresionismo Abstracto, que logró permearlo un poco. Uno de los máximos exponentes de este movimiento, William de Kooning, fue su amigo personal.

- Para la afirmación de su vocación artística fue fundamental su amistad, recién llegado a Bogotá, con la poetisa Emilia Ayarza.

“Hay dos mujeres que yo tengo como decisivas en la vida mía: Emilia Ayarza de Herrera, una gran poetisa, una mujer de gran sensibilidad, que fue el centro de la cultura cuando Bogotá no tenía nada. Una mujer abierta y generosa. La otra era Luisa Éder de Mejía, caleña, que, si uso la palabra “princesa”, es corta para ella. Yo me civilizo, me educó y me vuelvo persona, por el simple hecho de haberla conocido. Yo no sé si Colombia sabe que aquí ha habido esa clase de personajes, como Mery Garcés y Maritza Uribe de Urdinola, que fundan el Museo La Tertulia”.

- Del grupo de tertulia de

Emilia Ayarza, en el cual usted fue recibido, hacían parte muchos de los principales intelectuales y artistas del país. ¿Cómo esta interacción, siendo tan joven, con personajes tan elevados de nuestras artes y letras, contribuyó a ampliar su visión creadora?

“Teniendo 22 años, tuve el acierto de apreciar el hecho de estar con estas personas, y el hecho de que estas personas me aceptaran. Emilia, por ejemplo, era una cómplice, sin edad, arriesgada... Entonces, se me abre el mundo y empiezo ver una dimensión en donde, aunque el arte es masivo, parte de estos conocimientos me enriquecieron enormemente. Yo tuve esa suerte y la suerte de entender con quién estaba”.

- ¿Y cómo era su retroalimentación artística con los grandes poetas de la época, que eran sus amigos personales?

“Yo conozco donde Emilia a grandes poetas, como Jorge Gaitán Durán, Zalamea, Juan

Lozano, Camacho Ramírez, Silvia Lorenzo, Dora Castellanos, Dolly Mejía, Matilde Espinosa... Yo me alimentaba mucho de ese mundo de la poesía. No lo traducí en términos exactos, como un ilustrador, sino que recogía el contexto, la esencia, para traducirlo en cuadros, e, indudablemente, me apoyó tremendamente. Luego, también tuve una gran afinidad con el mundo de los nadaístas, aunque yo nunca fui nadaísta. Mi gran amigo fue Gonzalo Arango, con quien tuve un gran intercambio, en todos los aspectos”.

- Usted hace parte de los grandes maestros de la modernidad en Colombia... ¿Cómo fue su relación de aprendizaje mutuo con sus compañeros de generación, como Obregón, Grau, Rayo, Negret, Ramírez Villamizar?

“A Édgar (Negret) no lo conocí aquí: lo conocí mucho después, en Nueva York. Pero con todos los demás, con los que conviví en esa época, hubo, primero, una

gran admiración. Todos somos una cadena en la cual nos vamos ordenando de acuerdo con lo que cada uno hace. Alejandro (Obregón) fue un gran amigo mío; Enrique (Grau), más que un amigo, fue un cómplice, un compañero de travesuras, sobre todo cuando vivíamos en Nueva York. Eduardo Ramírez fue un gran amigo, a pesar de su antipatía. Él nunca me perdonó que me hubiera salido del Constructivismo”.

- ¿Y cómo fue que ustedes nos trajeron la modernidad, cuando en Colombia estábamos todavía pintando florecitas?

“Nos apoyábamos unos a otros. Colombia quería todavía ver a los pintores sabaneños... Y Marta Traba ayudó mucho, aunque a veces se le iba la mano, como cuando condenó a Gómez Jaramillo y a Ariza, que eran grandes artistas. Ella no debió hacer eso. Pero, de todas maneras, ella fue decisiva, más para bien que para mal. A ella se

le debe el impulso y el apoyo a esos cambios azarosos, en una sociedad que no quería ver sino “un pañuelito bellamente pintado”, como el que admiraba Sarah Bernhardt, más de medio siglo atrás”.

- Usted tuvo mucho éxito en la actuación, incluso protagonizó algunas películas e hizo una interpretación ante nada menos que Stravinsky. ¿Cómo fue eso de dejar el Teatro para dedicarse a pintar?

“Yo era muy de Teatro. Yo andaba con Gina Moskowitz y me gané el primer premio en el festival de Teatro, en el Colón. Después, me voy a estudiar a Nueva York, y, cuando vuelvo, hago parte del grupo de Teatro de Santiago García, y ahí fue cuando me tocó decidir si era actor o pintor, porque no podía ser las dos cosas al tiempo. Y tomé una decisión...”

- Y aparte de la influencia que hay de las Artes Escénicas en su obra, usted hizo también muchas escenografías...

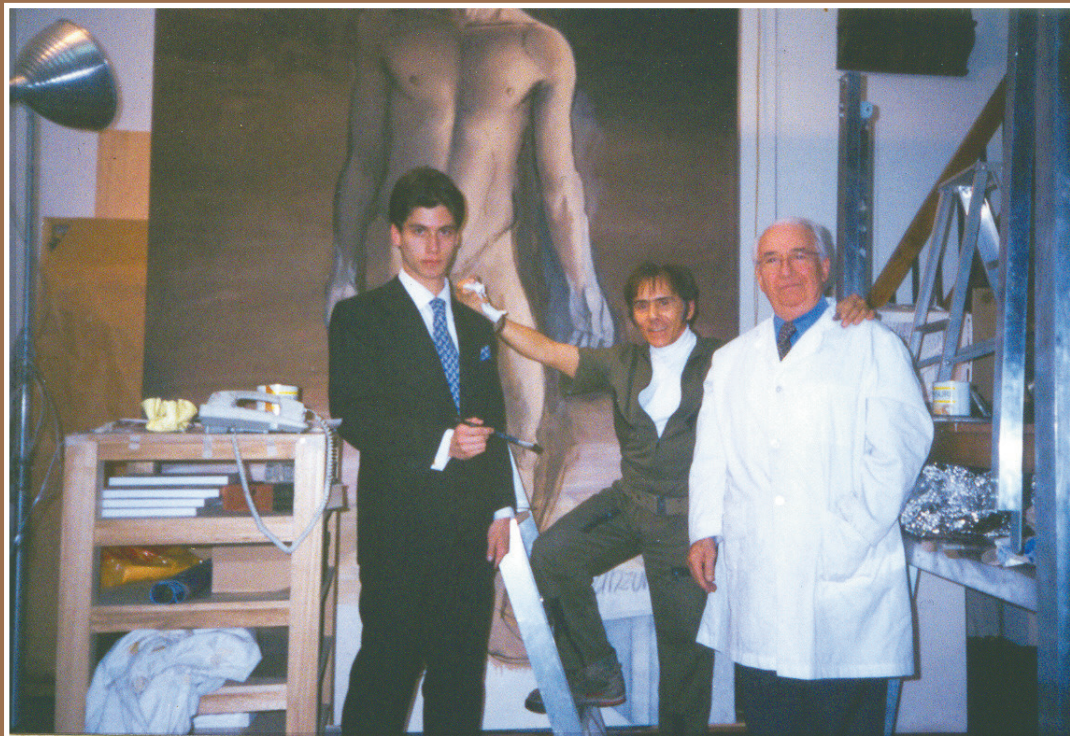
“Sí, hice muchas, y creo que voy a volver. Marta Senn canta muy bien todavía y yo no pierdo la esperanza de hacer un “Sansón y Dalila” con un proyecto muy novedoso computarizado que tengo. Hay que mover cielo y tierra, a ver si hacemos eso”.

- En esa época, empezó a hacerse evidente ese interés suyo por la estética bizantina y los colores góticos...

“Me han dicho que soy un hombre gótico. El Medioevo me ha apasionado siempre, no tanto en el aspecto gótico, sino el Medioevo en general”.

- ¿Qué obra es la que más destacaría de ese cubismo suyo, tan latinoamericano y tan particular, de los años cincuenta?

“Un mural grandísimo de “Músicos” que le hice al compositor Luis Antonio Escobar, en una técnica de caseína, que se la di a Enrique Grau. A ese mural, pintado en el 58, le daba la luz del sol de la tarde, y está intacto. Es la culminación de la época mía de ‘las tablitas’.



El ex presidente Belisario Betancur es su alumno en años recientes. Con ellos, el poeta Sergio Esteban Vélez. Los intelectuales han sido parte de la vida del Maestro.